

DISCURSO

LEIDO

POR EL JENERAL FRANCISCO J. SALAZAR

EN EL ACTO DE LA INSTALACION DEL

COMITÉ ENCARGADO

DE LLEVAR A EFECTO LA ERECCION DE UNA

Estatua de Bolívar

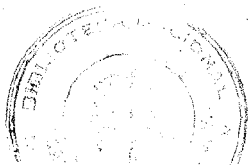
EN LA CIUDAD DE GUAYAQUIL.



GUAYAQUIL.

—
IMPRESA I ENCUADERNACION DE CALVO I CA.

—
1872.



ACTA DE INSTALACION.

LIBRERÍA Y ESTAMPACIÓN
SECCION EDUCACIONAL

En Guayaquil, a 3 de Noviembre de 1872, reunidos en el salon de la Gobernacion de la provincia, a invitacion i bajo la presidencia del señor jeneral Francisco J. Salazar, los señores Francisco J. de Santistévan, José Vivero, Tomás C. Wright, Bartolomé Calvo, Manuel Galecio, Antonio Millan, Clímaco Gómez Valdez, Gabriel J. Luque, Juan A. Calvo, José Vélez, Emilio Murillo, Luciano Jaramillo, Guillermo Teran i José Rafael Arizaga (nombrado en reemplazo del señor Tomas Carbó, cuya inesperada muerte se lamenta), que, con los señores Juan J. González i Pedro P. Carbó, ausentes, forman el Comité designado para realizar el pensamiento de erijir en esta ciudad una estatua al Libertador SIMON BOLIVAR; manifestó el señor jeneral Salazar que el objeto con que habia invitado a la presente reunion, era el de acordar los medios de llevar a feliz término la patriótica comision que se habia encargado a la junta, i que, al efecto, correspondiendo a la confianza que le habian dispensado los miembros de la Bomba *Salamandra*, presidiria provisionalmente i hasta que se hicieran los nombramientos definitivos de oficiales del Comité, designando de secretario, con el mismo carácter provisorio, al señor Clímaco Gómez Valdez.

Declarado instalado el Comité, el señor presidente leyó un estenso, elocuente i erudito discurso, en el quo demostró los relevantes méritos del jeneral BOLIVAR como guerrero, como majistrado, como ciudadano i, sobre todo, como patriota immaculado, así como la justicia i el deber en que están los americanos del Sur, de rendir culto a su memoria de un modo digno de la grandeza del héroe i del patricio, siendo el más adecuado la ereccion de una estatua, monumento que sólo se consagra a los grandes hombres.

Terminada la lectura del discurso, se anunció por la presidencia que se procedia a la eleccion de empleados, la que se suspendió para considerar las siguientes proposiciones presentadas por los señores Calvo (Bartolomé) i Gómez Valdez, que fueron aprobadas por todos los votos, ménos el del señor jeneral Salazar en la primera, por haber pedido permiso para separarse, nombrando en su reemplazo al señor José Vivero:

1:

Confirmase la designacion hecha en el señor jeneral Salazar para presidente de este Comité.

2:

Eljase por mayoría absoluta de votos escritos, un vicepresidente, un secretario i un subsecretario.

Nómbrese por el señor presidente una comision de cinco miembros para que redacte el plan orgánico de los trabajos de este cuerpo, i lo someta a su aprobacion dentro del más breve término posible.

Póngase en noticia del Supremo Gobierno, del señor Gobernador de la provincia i del Ilustre Concejo municipal la instalacion de este Comité, espresándoles la confianza que éste abriga de recibir de las autoridades i corporaciones públicas todo el apoyo que pueda necesitar para cumplir el importante encargo con que ha sido honrado.

En cumplimiento de la segunda, se verificó la votacion para vicepresidente i secretario del Comité, resultando en la primera 14 votos a favor del señor José Vivero i uno por el señor Bartolomé Calvo; i en la segunda 14 votos a favor del señor Clímaco Gómez Valdez i uno por el señor Francisco J. de Santistévan, por lo que se declaró elejidos vicepresidente i secretario, respectivamente, a los señores José Vivero i Clímaco Gómez Valdez.

Para subsecretario, el resultado de la votacion fué el siguiente: 9 votos por el señor Luciano Jaramillo; 2 por el señor Francisco J. de Santistévan; 2 por el señor Emilio Murillo; 1 por el señor José Vélez, i 1 por el señor Bartolomé Calvo. Habiendo obtenido la mayoría el señor Luciano Jaramillo, se le declaró elejido subsecretario.

Acto continuo el señor presidente nombró para formar la comision a que se refiere la tercera proposicion aprobada, a los señores Francisco J. de Santistévan, Gabriel J. Luque, Luciano Jaramillo, José Vélez i E. Murillo.

I en cumplimiento de la última, dispuso la presidencia se participase la instalacion del Comité a las autoridades i corporacion indicadas.

Los señores Jaramillo i Gómez Valdez propusieron, i fué aprobado por todos los votos, ménos el del señor presidente:

«Publíquese por la prensa, en folleto i a costa de los miembros del Comité, el discurso del señor jeneral Salazar que se ha leído.»

Despues de encargar el señor presidente el más pronto despacho posible a la comision nombrada, i no habiendo otro asunto de que ocuparse, se levantó la sesion, previéndose que para la siguiente serian convocados oportunamente los señores miembros del Comité.

El presidente,	Antonio Millan.
Francisco J. Salazar.	Gabriel J. Luque.
El vicepresidente,	Juan Antonio Calvo.
José Vivero.	José Vélez.
Francisco J. de Santistévan.	Emilio Murillo.
Tomás C. Wright.	Luciano Jaramillo.
Bartolomé Calvo.	Guillermo Teran.
Manuel Galocio.	José Rafael Arizaga.

El secretario, Clímaco Gómez Valdez.

DISCURSO

LEIDO

Por el General Francisco J. Salazar

EN EL ACTO DE LA INSTALACION DEL COMITÉ.

SEÑORES :

CUANDO allá en las suaves colinas que decoran las planicies asentadas entre las cordilleras de nuestra patria, las bandadas de segadores que esgrimen sus cortantes hoces en medio de las mieses ajitadas por el viento, dan paz por un instante a los robustos brazos ocupados en la faena, i entonan cierto canto solemne que el eco repercute en las quiebras de los montes, esta actitud i este cantar embelesan al observador e inundan su espíritu en un mar de dulcísimas emociones. ¿Sabeis por qué? Ah, señores! porque así tributan al que hace jerminal en la tierra la simiente del precioso cereal i agrupa en la espiga el sazonado fruto, el homenaje de su gratitud; i la gratitud es la espresion más simpática del amor, el oloroso incienso quemado por la justicia en aras de la munificencia, uno de los más preciosos atributos del entendimiento que discurre i aplaude, i de los más bellos brotes del corazon que siente i ama. I bien, señores, este elevado afecto es el que os ha reunido aquí para buscar en las inspiraciones de vuestro patriotismo los medios conducentes a que sea una realidad la fórmula magnífica en que los jóvenes afiliados en la *Bomba Salamandra* se proponen resolver un pensamiento suyo mui digno de alabanza.

Oh! si me fuera dado encomiar dignamente el patriótico impulso que los ha movido a concebir tan feliz idea! Mas por

desgracia tal empresa es mui superior a mis fuerzas, porque habiendo de jirar mi discurso en torno de una gigantesca reputacion, mi débil palabra quedará no sólo mui abajo de la sublime talla del hombre a quien se trata de honrar, sino tambien de los pensamientos espresados en su obsequio por tantos oradores elocuentísimos, elevados poetas i políticos profundos. Sin embargo, cuando los patriotas de la *Salamandra* me han hecho la honrosa confianza de encargarme la instalacion de este ilustre comité, han pensado, sin duda, en que algo debia yo decir para solemnizar un acto tan memorable. Obedezco, pues, a su voluntad, por más que se oponga al buen desempeño de mi comision lo limitado de mi pobre intelijencia. Entro en materia.

Señores: el proyecto que nos proponemos realizar encierra tres elementos, a saber: un hombre, una estatua i un lugar.

¿Quién es el hombre? Fijemos, para hallarle, una mirada investigadora en lo que pasaba más de ocho lustros há, en la quinta de San Pedro, situada en la costa colombiana bañada por el Atlántico. Allí, un personaje de noble fisonomía, estenuado por la amargura del pesar i los estragos de una enfermedad que devora su levantado pecho, dirige en su agonía la moribunda palabra a un pueblo de héroes, haciendo votos por la felicidad de su patria; i muere pobre i tranquilo como Sócrates, perdonando, como el Hombre Dios, a sus perseguidores “que le han conducido a las puertas del sepulcro.” Este hombre, es nada ménos que el Libertador de Colombia, el Padre i Salvador del Perú, el Fundador de Bolivia, el egregio e inmortal BOLÍVAR, ínclito, denodado i eminentísimo capitán; patricio sin rival en la vehemencia de su amor a la América i en lo arduo i encumbrado de las hazañas que hizo en servicio de su independencia; político admirable, que leía con vista de águila en el libro de lo porvenir i manifestaba al mundo las revelaciones de su injenio en el lenguaje breve, varonil i sublime de los profetas bíblicos; ciudadano preclaro, que consagró su alma de fuego i su magnánimo corazón al engrandecimiento de cinco naciones; gran poeta, cuyo primer mérito consiste en que siempre ignoró que lo era; orador enérgico como O’Connell, conciso como Demóstenes, arrebataador como Marco Tulio; hombre virtuoso como Washington, desprendido como Cincinato, grande como Catón.

Seguidle, señores, con las alas de la imaginacion en su bri-

llante carrera, desde que allí en Europa juró sobre la sagrada cima del monte Aventino dar libertad a su adorada patria, hasta el luctuoso día en que acá en América exhaló el postrer aliento en una playa solitaria, golpeada por las olas de la mar. ¿ No le veis cuál discurre en el fogoso corcel por cien i cien campos de batalla, blandiendo su espada brilladora i terrible contra los opresores de este continente, en medio del humo del cañon i de los lagos de sangre formados por las pujantes lanzas de los intrépidos hijos de los Llanos? ¿ cómo planta el estandarte de la victoria en el peñon de Tenerife, i se lanza en seguida desde allí como un torrente, arrollando en su curso atronador a los enemigos de la patria en Guamal, Banco, Puerto Real i Tamalameque, hasta presentarse en Ocaña como el ángel de las batallas destinado por el Dios de los ejércitos a hacer pedazos las cadenas de la opresion extranjera i arrojarlas léjos al fondo del océano? ¿ No le veis cómo desordena, destroza o rinde a nuestros conquistadores en Aguada, Arboledas, Yagual i San Cayetano? ¿ cómo al paso de ataque, empuja, hiende i desordena las filas españolas de Correa i ocupa gloriosamente a Cúcuta? ¿ cómo acosa al feroz Monteverde hasta tenerle jadeante, iracundo i sombrío, encerrado en la plaza fuerte de Puerto Cabello? ¿ cómo fatiga, arremolina i rompe las compactas huestes de Morillo, que lidiaron bizarramente con las impetuosas lecciones lanzadas al corazon de España por Napoleon el Grande? cómo...? Pero adónde. voi? Los combates i batallas de la magna guerra se suceden en los inmensos territorios que median entre el Orinoco i el Potosí, como las olas del océano en un día de tempestad. Desde los sangrientos campos de Bonza, San Mateo, Pantano de Vargas i Carabobo, hasta las llanuras de Junin, el bridon cabalgado por BOLÍVAR iba hollando los jiroues enlodados del pabellon de Castilla, por en medio de rotas huestes, cureñas volcadas, cañones ennegrecidos por el fuego de la pólvora, palpitantes miembros de hombres i caballos, adalides vencidos, presidentes i vireyes derribados. Sí, señores, así marchó BOLÍVAR, llevando en su diestra el fris de Colombia, con cuyos vivos colores gustaba tanto ataviarse la Victoria en sus días de gala, durante la gran lucha de nuestra independencia.

Bien sabeis, señores, que las palabras que acabo de pronunciar están exentas de toda exajeracion i falsedad. Pero hai menguados enemigos de BOLÍVAR que se han própasado.

negarle sus glorias. Ah! delante de ellos i para confundirlos, yo os invoco, odiosas sombras de Monteverde, Tiscar, Fierro, Izquierdo, Zuazola, Bóves, Rosete, Morales, Morillo, Latorre, Aimerich, Canterac i a todos los demas que oprimisteis a Colombia, Perú i Bolivia; a todos los que talasteis sus campos i entrasteis a saco sus ciudades, a todos los que asesinasteis a nuestros prohombres, a nuestros sacerdotes, a nuestras matronas, ¿ qué os hicisteis al ímpetu de los valerosos campeones de la victoria, comandados por nuestro Libertador? ¿ No fué éste para vosotros lo que el aquilon que avanza con el fuego llevándose por delante en humo i en ceniza los matorrales de espinos i de zarza que suelen inundar terrenos que debieran producir la riqueza i la abundancia, cultivados por el hombre independiente i libre? ¿ No os alejasteis unos de este suelo sagrado para no volver a él jamas? ¿ No mordisteis otros el polvo al empuje de las lanzas de Colombia? ¿ No os acogisteis muchos a la magnánima clemencia del vencedor? I vosotros tambien, manes venerandos de Arizmendi, Jirardot, Santander, Urdaneta, Montilla, Córdova i tantos otros que asombrasteis al mundo con el brillo de vuestras admirables hazañas, ¿ quién inflamó vuestro esforzado corazon con el fuego patrio que os impulsó a acometer los heróicos hechos que la fama pregona? ¿ Quién os condujo de la mano a que tomarais asiento entre los inmortales? Quién sino BOLÍVAR? Sí, señores, i él fué tambien quien convirtió al invicto Páez, a este Aquiles americano, al que nunca faltó tampoco para la guerra la astucia de Ulises ni la prudencia de Néstor, en el rayo esterminador que serpeando en las Queseras del Medio, entre las filas del bravo i aguerrido ejército de Morillo, sembró en ellas el pavor i la muerte, i regaló así a la historia de Colombia una página tan gloriosa, que en vano se buscaria otra igual ni en la fabulosa epopeya creada por el alta mente de Homero. I tú, esclarecido Ricaurte, que volaste al cielo envuelto en el humo glorioso de la pólvora inflamada con tu propia mano, que fuiste a un tiempo el inmolador i la víctima de un sacrificio sin ejemplo por su heroicidad i augustos fines, bien supiste al lanzarte a la eternidad que el héroe entre los héroes te admiraria i lloraria. I a ti, oh Sucre, jóven impertérrito, que tuviste la dicha de reunir en tu persona la ciencia de la guerra i el valor del llanero, ¿ habrías acaso cabido en suerte los inmarcesibles laureles de tu Ayacucho i tu Pichincha si BOLÍVAR no hubiera venido al mundo? Ah, señores! qué gran-

do es BOLÍVAR como guerrero ! Pero lo es más todavía como patriota. Veámoslo.

En la portentosa lucha que sostuvo por tanto tiempo con los españoles en bien de la patria, léjos de serle siempre propicia la fortuna, solia, por el contrario, volverle la espalda con frecuencia, dejándole muchas veces en desesperadas situaciones; mas no por eso se abatía ni desalentaba su corazón heróico, templado al fuego del amor patrio, i ántes bien, los reveses le daban nuevo brío para volver a la lid. I si entónces su buena estrella caía apagada a sus piés, él la tomaba con la mano, la colocaba de nuevo en su cenit i la obligaba a brillar. Los obstáculos que se oponían a la independencia de nuestro país, desarrollaban más la enerjía de su carácter. A medida que ellos se multiplicaban, su alma irritada con las contradicciones sacaba de su seno nuevas fuerzas, mayor ímpetu, teson más pertinaz, actividad más asombrosa que en las circunstancias opuestas; i saliendo de madre, si me es permitida esta espresion, arrollaba todo lo que se oponía a sus esfuerzos i se lanzaba con redoblado aliento en la sangrienta lucha o al árido campo de la organizacion política. No de otra manera las aguas de un torrente, represadas por los derrumbamientos de un cataclismo, se hinchan al fin i rompen furiosas i atronadoras los diques de granito que las aprisionaban, empujando hácia adelante con su irresistible masa los pedrones i peñascos que encuentran al paso, hasta que logran inundar los valles sedientos i estériles, i les vuelven la frescura i el verdor que habian perdido.

Los contratiempos, las rivalidades lugareñas o de personas, las derrotas i la destruccion misma, ora fuese física como la que produjo el terremoto de Venezuela, ora moral como la funesta capitulacion de Miranda, eran para su jenio veneros inagotables de nobles ideas, manantiales fecundos de magníficas inspiraciones. Para probarlo, bástame citar la célebre memoria que dirigió a los ciudadanos de la Nueva Granada el 15 de Noviembre de 1812, sobre las causas que condujeron a Venezuela a su aparente aniquilamiento en la aurora de su emancipacion. I yá que aludo, señores, a este importantísimo documento, no puedo resistir al deseo de referir uno que otro pensamiento en él contenidos.

“ Los códigos, dice el héroe, que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del

gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad humana.

“Si Carácas, en lugar de una confederación lánguida e inconsistente, hubiera establecido un gobierno sencillo, cual lo requería la situación política i militar, tú existieras, oh Venezuela, i gozaras de tu libertad.”

¡Qué convicción tan profunda de la verdad que espresa! I cuánta amargura no se descubre en el alma del caudillo colombiano, en la sentida apóstrofe que hace a su patria, al verla de nuevo esclava i aherrojada!

Ah, señores! si se hubiese meditado bien en estas i en otras mil sentencias de BOLÍVAR, ¡qué de sangre habría dejado de derramarse, cuánto descrédito habríamos evitado, i cuán adelantada estaría hoy la América en la práctica de lo que se llama la sustancia de los gobiernos!

“Tuvimos, añade el joven guerrero, filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica i sofistas por soldados.”

Pero volviendo a mi propósito, uno de los rasgos más significativos de lo que BOLÍVAR fué en la adversidad, se halla en las siguientes patéticas i conmovedoras frases:

“Yo soi, granadinos, un hijo de la infeliz Carácas, escapado prodijiosamente de en medio de sus ruinas físicas i políticas, que siempre fiel al sistema liberal i justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en estos Estados.”

Notad, señores, que nuestro héroe no va como el anciano rei de Ilion a arrodillarse a los piés de Aquiles vencedor, besándole la mano que habia quitado la vida a su hijo; ni como el coloso cuyo poder fué herido de muerte en Waterloo, se compara a Temístocles para pedir hospitalidad i amparo a sus mismos enemigos. Léjos de esto, sin ser rei como Príamo, ni emperador como Napoleon, sino un joven apenas conocido en las playas a que arriba, se presenta en ellas, no a los tiranos de su patria, sino a los que sin fuerzas ni recursos se habian empeñado con ellos en una guerra desesperada; i lo que solicita no es sentarse en el hogar granadino, sino armas para seguir batallando bajo los estandartes de la independencia.

Pero ¿cuál era el móvil que en bien de la América inducía

a. BOLÍVAR a despreciar los peligros, las privaciones i las más penosas i prolongadas fatigas; a meditar en las lecciones de su reciente experiencia, aun en las amargas horas del infortunio; a emprender en viajes dilatados, a escribir i lidiar sin descanso? ¿Sería acaso la codicia? No, mil veces no: el hombre que siendo poseedor de un pingüe mayorazgo puso su fortuna al servicio de la independencia; el que dió libertad a sus esclavos para convertirlos, como lo hizo, en soldados de la República; el que en Guano renunció las gruesas sumas que se le debian, cediéndolas al tesoro público; el que hallándose en el Perú se ladeaba a presencia del oro que le amontonaba a sus plantas un pueblo agradecido; el hombre, en fin, que despues de veinte años de estar en el mando, se vió obligado a vender su escasa vajilla de plata para hacer frente siquiera por algunos dias a sus más premiosas necesidades, renunciando en tan afflictivas circunstancias los treinta mil pesos anuales que le asignó el Congreso en Bogotá en consideracion, entre otras cosas, a que “el héroe no sólo habia dado existencia i vida a Colombia por sus incansantes e inauditos esfuerzos, sino que habia excitado la admiracion del universo por sus proezas i eminentes servicios a la causa americana,” no ha podido estar sujeto a la vergonzosa sed del medro.

¿Sería la ambicion? Pero entónces; cómo se empeñó en conducir a Miranda desde Europa a Venezuela para que dirijiese las operaciones de la guerra como jeneralísimo? cómo se sometió a éste voluntariamente, respetándole i obedeciéndole a pesar de tener contra él varios motivos de justas quejas? Desvanecen tambien tal suposicion el hecho de renunciar el mando de sus tropas en 1814, condenándose a un voluntario ostracismo a trueque de no ver deslustradas las armas de la patria con los efectos que podia producir la resistencia del jeneral Castillo a las órdenes del gobierno; las reiteradas dimisiones que hizo del mando en diferentes épocas, usando siempre de un lenguaje brillante, injenuo, persuasivo, algunas ocasiones brusco, i en todas las veces enupapado en patriotismo i desprendimiento. Oid a este respecto algunas de sus palabras pronunciadas en tiempos mui distantes entre sí:

“Estoi más pronto a subir al cadalso que a continuar en el mando.”

“Si el Soberano Congreso persiste, como temo, en nombrarme Presidente del Estado, renuncio desde ahora para siempre el

glorioso título de ciudadano de Colombia i abandono de hecho las riberas de mi patria.”

“ No quiero mandar más ; ni la patria, ni la lei, ni el bien mismo de Colombia me exigen lo contrario. Yo no he nacido para majistrado. No sé ni puedo serlo.”

“ El Congreso debe persuadirse que su honor se opone a que piense en mí para este nombramiento (el de Presidente de la República) i el mio a que lo acepte. Léjos de vosotros i de mí aceto tan innoble.”

“ Yá la América es libre. *No tengo más que hacer.* El mando me fastidia, i la ajitacion de la vida pública me es detestable.”

“ Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazon. Yo soi el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la majistratura. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha i por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia, no es la balanza de Astrea; es un azote del jenio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para castigo de los tiranos i escarmiento de los pueblos.”

¿ Queréis, señores, todavía frases más injenuas, más elocuentes ? Hélas aquí :

“ Esta espada no puede servir de nada el dia de la paz, i ese debe ser el último dia de mi poder ; porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia, i porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro de sus propias facultades. Yo quiero ser ciudadano para ser libre i para que todos lo sean.”

“ Debeis estar ciertos, dijo finalmente al separarse del mando que renunció en 1830, debeis estar ciertos que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del pais que me dió la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos.”

¿ Cuál, pues, era al fin, señores, el aguijon que impelia a BOLÍVAR a seguir trepando infatigable por las rápidas i peligrosas pendientes que le condujeron a la cumbre de la gloria i del martirio ? Bien lo sabéis. Este aguijon no fué otro que su delirante i excelso patriotismo. Así, la viva llama de su acendrado amor a la América, brilla como un perenne faro en todas las acciones.

de su vida ; en medio de la pompa de sus triunfos, como en los aciagos días de sus reveses, en los campos sangrientos de Marte, como en el purpúreo bufete del majistrado ; en sus ardientes proclamas, como en sus discursos sobre gobierno i administracion ; en los inmortales documentos de la vida pública, como en la amena correspondencia de carácter privado, ora espresese en ella los dulces afectos de la amistad o los tiernos arrebatos del amor, ora la marque con el negro ribete del duelo o estienda en el papel los risueños rasgos de la congratulacion ; bien estampe los apacibles conceptos del agradecimiento, o las sentidas quejas que arrancaban a su alma jenerosa la ingratitude i la injusticia de los hombres. I en todos sus escritos, cuánta verdad i belleza ! Cuánta sublimidad en los pensamientos ! Qué de primorosa poesía ! La patria no es para él únicamente el lugar en que se ve la primera luz, sino “el que ha formado con sus elementos nuestro sér.”

El servir a la patria, es en su concepto “el primero de los deberes.”

El destino honroso a que aspiraba fué el derramar su sangre por la patria.

¿ Os acordais, señores, del modo con que designó a Carácas en la proclama dirigida desde San Antonio a los soldados de Cartajena i de la Union ? “En ménos de dos meses, les dijo, habeis terminado dos campañas, i habeis comenzado una tercera que empieza aquí i que debe terminar en *el país que me dió la vida.*” ¡ Oh dichosa Carácas, que así mereciste ser designada por el más ilustre de tus hijos, el primero entre los héroes de América i quizá del mundo ! ¿ por qué no son tus murallas de oro i tus pavimentos de jaspe ? ¿ por qué no luce perenne i radiante sobre tu horizonte el sol de la paz i de la prosperidad ilimitada ?

Prosigamos, señores, por algunos momentos más, trayendo a la memoria algunos otros artículos de las fervientes protestaciones de amor a la independencia i libertad de estas Repúblicas, nacidas del fondo del inflamado corazon de BOLÍVAR.

“El jeneral que ha conducido las huestes libertadoras al triunfo, no os disputa, decia a los venezolanos en 1813, otro timbre que él de correr al peligro i llevar sus armas por do quiera haya tiranos. Vengar la dignidad americana tan bárbaramente ultrajada, restablecer las formas libres del gobierno republicano, quebrantar vuestras cadenas, ha sido la constante mira de todos sus conatos.”

“Yo llenaré con gloria mi carrera, dijo en otra ocasión en su *Manifiesto a las naciones del mundo*, esa carrera que he emprendido por la salud de la patria, o moriré en la demanda.”

Dirigiendo la palabra en 1814 a la asamblea popular de Carácas: “El odio a la tiranía me alejó de Venezuela cuando vi la patria segunda vez encadenada; i desde los confines lejanos del Magdalena, el amor a la libertad me ha conducido a ella, venciendo cuantos obstáculos se oponían a la marcha que me encaminaba a redimirla.”

En su proclama de San Cristóbal (1820) al ejército libertador: “El género humano jemia por la ruina de su más bella porción. Era esclava i yá es libre.”

“Pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre i hasta la gloria misma, decia en 1827 agobiado con el peso de su renombre, no puedo sin embargo hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar a Colombia, no conociendo ningun género de administracion.” (!!)

En la contestación al acta popular de nuestra hermosa capital, se expresó así: “El gozo de Colombia ha llegado a su colmo al recibir en su seno al pueblo de la República que levantó el primero el estandarte de la libertad i de la lei contra la usurpacion extranjera. Quito llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento i del conocimiento más perfecto de una política sublime i de un patriotismo acendrado.”

¡Qué honra, señores, para nuestra patria, el ser juzgada así por quien rodeado de una aureola deslumbrante de gloria, tenia siempre fija su vista de Argos sobre la conducta de los individuos i de los pueblos, para dar a cada uno lo que le correspondia—encomio o baldon!

Oidle, señores, haciendo resonar su simpática voz, en 1826, en la hacienda de San Vicente, cerca de Ibarra, hoy asolada por la furia del terremoto, como lo fué la patria del héroe en 1812. Oidle, repito, en la improvisación de un brándis inmortal por su verdad, filosofía cristiana i sublime poesía: “Jesus, que fué la luz de la tierra, dijo contestando a un celebrado discurso que le dirigió en la mesa el prior de los dominicos de Quito, no quiso dignidades ni coronas en el mundo; él llamaba a los hombres hermanos; les enseñó la igualdad, les predicó las virtudes civiles

más republicanas, i les *mandó* ser libres, porque les amonestó que debian ser perfectos. No hai perfeccion en la servidumbre, ni moral en el letargo de las facultades activas de la humanidad.”

Reparad bien, señores : Jesus es la luz de la tierra, i la luz no se deslumbra con el brillo de cetros i coronas : Jesus es Dios, i Jesus se humana a llamar hermanos a los hijos del barro ; Jesus manda, miradlo bien, manda, no aconseja a los hombres el ser libres. De qué modo ? amonestándoles a que cumplan con el deber de ser perfectos, i la perfeccion i la servidumbre son cosas que mutuamente se repelen.

¿ No es verdad, señores, que es menester ser todo un Bolívar para improvisar tan admirables frases ? ¿ No es verdad que ellas revelan el más puro amor a la libertad, el conocimiento más cabal i piadoso del espíritu vivificador de nuestra adorable religion ?

Rodeado un dia en la espléndida Lima de várias señoras que le instaban para que se quedase en el Perú, se espresó con la esquisita cortesía, commovedora terneza i florido lenguaje que vais a oír : “ Señoras, les dijo, el silencio es la única respuesta que debia dar a esas palabras encantadoras que encadenan no sólo el corazon sino tambien el deber. Cuando la beldad habla, ¡ qué pecho puede resistir ! Yo he sido el soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella, hechicera, i lleva la dicha al seno de la hermosura donde se albergan las flores de la vida. Pero mi patria. . . . ah, señoras ! Colombia. . . . ”

Ved, señores, ved ; aquí nada sobra ni falta—dulces frases, suaves afectos, delicados pensamientos. Hablaba con señoras, i era preciso que sus palabras brotasen flores, su aliento aromas, su corazon galantería i amor ; pero a todo excede el impulso de su patriotismo. En este supremo conflicto reprime las afeciones de este torrente que inunda su pecho, i sólo pronuncia tres frases trucas que indican admirablemente la agitacion de su alma : “ Pero mi patria ! ah, señoras ! Colombia. ”

¡ Qué contraste el que forma este lindo madrigal no rimado, con las palabras atronadoras que partian de sus labios, como los rayos de Júpiter, contra la ibérica opresion en los luctuosos tiempos de la guerra a muerte ! I sin embargo, el héroe de los Llanos i el héroe que así habló a las matronas de Lima, es el mismo hombre, es Bolívar.

Duéleme, señores, que la naturaleza de este discurso no me

permita recojer algunas perlas más en el océano de elevadas ideas, pensamientos magníficos i sublimes afectos en que abunda la gloriosa carrera de BOLÍVAR, i ántes temo que la vulgaridad de mi palabra haya presentado menguada en mi narracion la gigantesca talla del héroe colombiano. Oh! él sabrá perdonarme desde allí arriba, en gracia de mi entusiasta admiracion a sus eminentes virtudes. En adelante mi elojio a Bolívar consistirá en pronunciar su nombre e inclinar la cabeza, porque hai veces que la elocuencia es el silencio. Para hablar dignamente del Libertador es necesario ser un Olmedo, i Olmedo ya no existe.

Tál es, señores, SIMON BOLÍVAR, primero i principal elemento de la grande idea a que aludí al principio de mi discurso. Nadie es más digno que él de la gratitud de la América i de la admiracion del mundo. El pensamiento de honrar su memoria con un monumento, merece por lo mismo el encomio de la justicia i el aplauso de la civilizacion.

Veamos ahora si la ereccion de una estatua es lo que debe constituir la espresion eterna del solemne homenaje que se trata de rendir a nuestro Libertador.

Los monumentos con que las naciones civilizadas i virtuosas suelen manifestar a las futuras jeneraciones el alto concepto que se han formado de los grandes hombres que sirven a la humanidad, pueden dividirse, a mi modo de ver, en literarios i en artísticos. De los primeros se encargan la poesia i la historia, i de la ereccion de los segundos la pintura, la arquitectura i la escultura. En el Ecuador contamos, por fortuna, entre varios monumentos del primer jénero dedicados al Libertador, dos tan gloriosos que no creo tengan rival en ningun pueblo de América. Hablo del inmortal canto a BOLÍVAR sobre la victoria de Junin, entonado en las playas de esta ria por Olmedo, príncipe de los poetas del Nuevo Mundo, de cuyo nacimiento blasona con razon esta ilustre ciudad de Guayaquil. El segundo es el testimonio noble, patético i eminentemente patriótico i moral que en 1830 dió a Bolívar el pueblo quiteño, llamándole a su seno i reconociendo sus glorias imperecederas i sus imponderables servicios a la República, cuando el héroe, harto de los oprobios de la ingratitude i alimentado con la hiel de crueles desengaños, se vió injustamente proscrito en la tierra en que se mecío su cuna i en que

brilló ántes que en otra con la luz de la victoria su espada liberadora.

Pero los monumentos literarios no alcanzan a satisfacer los deseos del entusiasmo ni a pagar la deuda de una inmensa gratitud. Ellos representan la idea abstracta e incorpórea, visible sólo a los ojos de los hombres inteligentes e instruidos. Esto no basta, no satisface. Los monumentos dedicados a perpetuar la memoria de los bienhechores de la humanidad, deben estar también a la vista de la masa del pueblo rudo, para que se instruya, agrandezca i se estimule a la práctica de las nobles acciones; i deben asimismo hallarse en relación más directa e íntima con el hombre, que es compuesto de espíritu i materia admirablemente organizada por la divina sabiduría, condiciones que se consiguen más bien con las formas exteriores, con el uso artístico de ciertos elementos corpóreos. Tan evidente es, señores, lo que acabo de expresar, que para el acto más sublime i espiritual que hai en la tierra, que es el adorar a Dios i dirigirle las plegarias de nuestra alma, nos son de grande ayuda la suntuosidad del templo, la fragancia que esparce el incensario, las arrobadoras armonías de la música, el esplendor de los ornamentos sagrados i la solemnidad de los cantares con que rinde homenaje al Señor nuestra augusta madre la Iglesia católica. Es, pues, indubitable la necesidad de los monumentos del segundo género, i satisfacerla respecto de BOLIVAR es lo que ahora os proponéis con un patriotismo digno de ser ensalzado.

Estos monumentos, señores, pueden, me parece, reducirse al cuadro, el sarcófago, el arco i la estatua. El arte mágico de la pintura, perdido entre las ruinas del paganismo, renació en la era cristiana con el portentoso pincel de Giotto. Más comprensivo, más ideal, más elevado, más inspirador i más acomodado a la sublimidad del cristianismo que la escultura, excede a ésta con mucho en la excelencia de dotes. Pero la pintura con su admirable poder de imitación i combinación, con su ciclo azul o encaipotado, sus tintes, su luz, sus sombras, sus lagos transparentes i mares borrascosos, sus verdes vegas i desnudos precipicios; finalmente, con su prodijiosa facultad de contener un mundo en un metro de tela, no ejerce su imperio sino en las galerías i salones, de ninguna manera en los lugares abiertos, de libre concurrencia, donde campean a cielo raso los sepulcros, los arcos i las estatuas. Estos objetos se encuentran por todos sin ser buscados;

mas para visitar algun cuadro determinado en los palacios de la pintura, es preciso saber antes que él existe i hacer solícita diligencia para hallarlo, cosas que presuponen alguna instruccion i buen gusto.

Además, el lienzo animado por el pincel está léjos de reunir las condiciones del mármol i el bronce para resistir a los embates de los siglos i para asociarse a la idea de inmortalizar a los grandes hombres, que es el objeto de los monumentos que se elevan en honra suya.

Quizá, señores, esta fácil destructibilidad de los cuadros es una de las causas de haber desaparecido de la sobrehaz de la tierra las obras que el maravilloso arte de Apéles debió producir en los tiempos del paganismo en Grecia i Roma, al paso que los mausoleos i estatuas de ellas siguen siendo hasta hoy los admirables modelos del arte.

De lo que acabamos de considerar se deduce que no es la pintura la más adecuada para la formacion de monumentos populares, como debe ser el que se trata de levantar en honra de BOLÍVAR.

Examinemos ahora los que son suministrados por la arquitectura, que, como ya hemos visto, son el sarcófago i el arco.

Si el primero no encierra realmente las cenizas del personaje a quien se ha dedicado, dejenera en la espresion monumental de una mentira, i pierde, en consecuencia, su belleza, porque "no hai belleza sin verdad." El hecho de haberse construido a las veces sepulcros para despojos imaginarios, no destruye la fuerza de esta reflexion; i tal ejemplo no debe imitarse, porque los sarcófagos espurios son en el cementerio o en el templo lo que la moneda falsa en el mercado, o la artificial imitacion de un diamante en un cofre de piedras preciosas. Así, el sarcófago levantado en Florencia para honrar al Dante, cuyas cenizas reposan en Ravena, puede considerarse más bien como un monumento conmemorativo de la ingratitude de los antiguos florentinos que espulsaron de su suelo natal al sublime poeta i de la veneracion con que le ven los modernos. "Crímen i expiacion," pondria yo en vez de aquel *"honorate v' altissimo poeta"* que se lee en lo exterior del soberbio sepulcro. Con razon la vista de tal mausoleo hizo resonar la varonil lira de Byron con las desgarrantes i tempestuosas vibraciones del dolor i la indignacion.

"Ingrata Florencia, dice el bardo de Albion en una som-

bría estrofa espenseriana, Dante reposa léjos de tus murallas en una ribera que te echa en cara tu injusticia. ”

No convendría, pues, a nuestro objeto la dedicacion de un sarcófago a la memoria de BOLÍVAR, una vez que sus cenizas yacen en el seno de la ciudad “ que le dió el sér.”

El arco, digno hijo de la soberbia Roma, más complicado en su estructura, más sólido en su construccion, más grandioso e imponente en sus líneas i proporciones que la estatua, se presta ménos para representar las grandes acciones de una individualidad, que las glorias colectivas de varios hombres i aun de todo un pueblo, cosechadas, bien sea en los campos de batalla, bien en el ameno campo de la paz i del progreso.

Juzgo, por lo dicho, señores, que se ha pensado con acierto cuando se han preferido los auxilios de la escultura a los de la arquitectura para dar cima al grandioso proyecto a que vengo aludiendo.

Con efecto, la estatua con su unidad simplísima, su majestuosa sencillez i su poder singular de destacar del helado mármol o el duro bronce la forma humana en sublime apoteósis, es la más adecuada para ser la espresion artística del homenaje debido con especialidad a las virtudes cívicas de un grande hombre.

Verdad es que varios literatos i artistas de cuenta han calificado a la admirable arte de Praxíteles por la más sensual i pagana de todas. Pero, señores, ¿no os parece que aquí se confunde el intento del artista con el arte mismo? ¿podremos decir que la epopeya es sensual i pagana, porque Homero hizo entrar en la *Iliada* las liviandades i grotescas miserias de los dioses de su Olimpo, nosotros que leemos la *Jerusalén libertada* i *El Paraíso perdido*? I contrayéndonos a la estatuaria, quisiera que se me dijese qué hai de pagano en la estatua de San Jenaro colocada en el puente de Nápoles en ademan de contener con la mano la furia amenazadora del rujiente Vesubio? ¿Quién deja de ver en los mármoles que representan a los santos de nuestros templos católicos las elevadas inspiraciones del cristianismo? Si los griegos i los romanos se propusieron rendir culto al elemento corpóreo del hombre en la ereccion de sus desnudas estatuas, no se propusieron, sin duda, tan bajo fin Buonarroti, Cellini, Ricci, Canova, Tharwaldsen i Bernini en la construccion de las suyas, revestidas de la tiara del Pontífice, la armadura del guerrero o la toga del magistrado, sino en el caso escepcional de ha-

ber de tratar asuntos pertenecientes a los tiempos del paganismo. Por el contrario, todo persuade a creer que estos jenios de la escultura cristiana se esforzaban, aunque no siempre con buen éxito, en hacer reflejar en los contornos de las cabezas de sus estatuas los nobles atributos de la inteligencia i los elevados arranques del espíritu. ¿Ni por qué ha de atribuirse a éstos distinto propósito que el que guió el pincel de Sanzio en sus célebres cuadros? Quizá Miguel Anjel i algunos otros se extraviaron más o ménos a fuerza de admirar las obras de Fídias i Praxíteles; mas tales estravíos del jenio, aun suponiéndolos intencionales, no menguan en nada la excelencia de la escultura ennoblecida por nuestra divina relijion, como no menoscaba el tipo pagano del Juicio final representado en la Capilla Sixtina por el mismo eminente artista, la grandeza del arte pictórico, al cual el cristianismo inspiró su Madonna del Foligno, su Comunion de San Jerónimo i su Transfiguracion del Señor.

Por todo lo que acabo de espresar se ve que con sobrada justicia el ilustre Ribas, a quien el Libertador mandó se designase con el título de “el vencedor de los tiranos,” dijo en su alocucion a la Municipalidad de Carácas en 1813, que “la elevacion de una estatua es, sin duda, el más alto honor que puede hacerse a un mortal.”

Réstame ahora decir algo sobre el tercer elemento de la idea que me he propuesto analizar. Aludo, señores, al lugar en que debe colocarse la estatua de Bolívar.

Loable es, sin disputa, que cualesquiera ciudades o aldeas eleven monumentos a los benefactores del jénero humano; pero hai pueblos para quienes el hacerlo es un deber sagrado, i el omitirlo una falta, tal vez un crimen. Hablo de los lugares en que ha nacido algun grande hombre, i de los en que se efectúa algun imperecedero suceso con él relacionado. En el caso actual, si bien Guayaquil no ha tenido la dicha de que sus tibias auras acariciasen la cuna de BOLÍVAR, fué el teatro en que se verificó una escena de las más sorprendentes, significativas i sublimes de la vida del héroe. La reunion de él i San Martin, ángeles de la independenciam que elevándose en las esplendentes alas de la victoria vinieron desde las dos estremidades de nuestra América a posar bajo el pié de las palmeras de estas playas para

estrecharse en dulce amistad sus manos libertadoras i fundir en una sola entraña henchida de patriotismo, de heroísmo i de gloria los dos más grandes corazones que han palpitado en el mundo de Colon.

No hai historiador que yo haya leído que no refiera este suceso como uno de los más notables ocurridos en los gloriosos tiempos de la encarnizada lucha con España. Permitidme, señores, que en gracia de su importancia, os traiga a la memoria algunos de los conceptos relativos a este grandioso acontecimiento grabados en áureas páginas por el buril de la historia.

El esclarecido Páez acoje en su autobiografía las siguientes palabras de un orador bonaerense :

“La atencion de aquellas rejiones, dice, se concentró en el espectáculo que iba a presentar aquel encuentro de los dos hombres extraordinarios, que partiendo desde los extremos del Mundo Nuevo, el uno desde el Plata, el otro desde el Orinoco, se daban cita bajo el ecuador a la sombra de los laureles de la victoria.”

Nuestro ilustre compatriota Cevallos en su *Resúmen de la Historia del Ecuador*, se espresa así : “Guayaquil fué la ciudad en que vinieron a conocerse i conferenciar aquellos dos hombres, los mayores capitanes de nuestro continente, que habian recorrido con sus ejércitos el uno de N. E. a S. i el otro de S. E. a N., dos grandes semicírculos que abrazan casi toda la América meridional, pisoteando i trajinando los Andes, como trajinamos los hombres comunes las plazas i mercados. Venidos ámbos por distintos i aun contrarios rumbos, de las orillas del Atlántico, llegaron a sentarse juntos en las playas del Pacífico; San Martín, afianzando la redencion de su patria, libertando a Chile i protejiendo al Perú; BOLÍVAR, emancipando igualmente la suya, en camino para auxiliar al Perú, i predestinado a fundar un pueblo nuevo que debía inscribirse en el registro de las naciones.”

El eminente escritor venezolano Larrazábal, en su *Vida de Bolívar*, acoje con satisfaccion los siguientes conceptos, espresados por el señor Vicuña en su *Reseña biográfica de San Martín*; “Esta es la gran carrera de los jenios, dice aludiendo al suceso que nos ocupa, en la que les vemos empeñados, sin perder aliento, hasta que casi exánimes de gloria i de fatiga se echa el uno en brazos del otro en el málecon de Guayaquil. Nunca el Eterno acereó con su mano inscrutable dos seres más extraordinarios,

en hora más solemne i sitio mejor elegido. Son dos hemisferios, dos zonas, dos mundos que se juntan.”

Deduzco, señores, de todo lo que acabo de decir, que es digna de alto encomio e interminable aplauso, la idea de levantar una estatua a BOLÍVAR en esta ínclita ciudad de Guayaquil. ¡ Ojalá en la cara principal de la base del monumento apareciera en relieve la gloriosa entrevista a que acabo de hacer alusion! A realizar tan feliz idea, deben contribuir no sólo los hijos de esta capital del Guáyas, sino todos los ecuatorianos de las demas provincias que se interesen en las glorias de la patria. Una vez elevada la estatua, ella honrará no sólo la memoria de nuestro Libertador i Padre, sino a los que concibieron i llevaron a ejecucion el proyecto de erijirla; así como el arco soberbio levantado en Roma a Tito i Vespasiano, cede tambien en honra del Senado i pueblo romano, a los cuales debe su existencia indefinida el suntuoso monumento triunfal. Señores: no desmayeis un instante en la noble tarca que habeis aceptado, para que la patriótica idea de los bomberos de la *Salamandra* se convierta en una realidad. Acudid a la liberalidad de este jeneroso pueblo, i no dudeis que se apresurarán a contribuir a los gastos de la empresa, los ancianos que tuvieron la dicha de conocer personalmente a nuestro héroe; los jóvenes que deben a su invicta espada el beneficio de no haber respirado un momento el aire mefítico del despotismo extranjero, sino siempre el dulce ambiente de la independenciam; las virtuosas matronas que deben a los esfuerzos hercúleos del atleta americano el que hayan caido en pedazos las puertas de bronce que impedian penetrar a sus hijos en el templo de la sabiduría i en los palacios de la industria en los menguados tiempos de la dominacion ibérica; i las hermosas ninfas del Guáyas que tantas pruebas han dado de elevacion de espíritu i nobilísimos afectos. ¿ No las visteis hace poco ofrecer a la fina i repetuosa galantería de la juventud guayaquileña las esmeradas flores de sus manos, en obsequio de una gran nacion aflijida por el infortunio? Acudid, pues, señores, a ellas, i estad seguros de que os ayudarán con el contingente que produzcan sus obras de aguja i los conciertos melodiosos de su divino cantar. Esta última no es idea mia: hace algunos meses que la oí lleno de admiracion a uno de esos ángeles de la belleza, del patriotismo i de la armonía, al expresar su deseo de que las señoras iniciasen el proyecto de elevar un monumento a BOLÍVAR. Ved, pues, cómo las hijas de este suelo se nos anticipan

a los hombres en las inspiraciones del amor patrio. Lo digo en homenaje tributado a la verdad.

Pero, señores, no nos contentemos con llevar a feliz remate nuestros trabajos sobre esta materia: juremos tambien en nuestro corazon ser dignos de BOLÍVAR, dignos de su gloria i de sus inmortales proezas i sacrificios, conservando, aun a costa de nuestras vidas, el bien inmenso de la independencía que nos legó; seamos virtuosos para ser libres, i unidos para ser fuertes. Pensemos siempre en el bien de nuestra patria, que hoi marcha bajo la sombra de la paz por el camino del progreso a su prosperidad i ventura. Desterremos de una vez de nuestras almas esos mezquinos rencores que envenenan la sociedad, i ese espíritu de revueltas i desórden que degrada i desacredita a otras secciones de América. Temamos, señores, temamos que estas palabras de BOLÍVAR "quien sirve a la América ara en el mar," dichas en momentos de suprema congoja, sean en sus resultados algo semejantes a ese *penitèd me*, que pronunciado por la boca divina, fué el precursor del diluvio. I por el contrario, esforcémonos en que el Ecuador sea en medio del cataclismo que hoi preparan en todo el orbe las depravadas pasiones de la impiedad i de la desenfrenada demagogia, la tierra clásica en que vengan a albergarse las buenas ideas, los sanos principios, los encantos de la concordia i los elementos de la humana perfectibilidad, que están al zozobrar en el mundo europeo. De otro modo, la estatua de BOLÍVAR será un sarcasmo a su memoria, los buenos ciudadanos desearán más bien, para no verla profanada, que ella sea arrebatada por el torbellino del desenfreno popular, como lo fué hace poco en Francia la gran columna que representaba en el bronce, elevada sobre la plaza de Vendome, las glorias nacionales de esa gran potencia, i nuestra amada patria desaparecerá tambien envuelta en sangre e ignominia. Guárdenos Dios de semejante catástrofe. El jenio de BOLÍVAR nos cubra desde lo alto, con la ejida de sus virtudes contra los tiros de la perversidad; el Ecuador, colocado, como está, en medio de la tierra, resplandezca con luz perenne de creciente dicha.

